

EDITORIAL

MEDICINA

Y

PSICOANÁLISIS*

ES QUIZÁS POR LA *circunstancia de ser el Director de la Facultad de Medicina más grande del país, o por el hecho de ser profesor por muchos años de la misma y por contar entre mis amigos al Presidente de este V Congreso Psicoanalítico Latinoamericano que se me ha invitado a dirigiros algunas palabras, y si bien lo considero como un privilegio, es sin embargo una tarea que me abruma por la significación que tiene el ilustre grupo de médicos latinoamericanos que hoy se reúne para discutir los problemas de la disciplina del psicoanálisis.*

Habituado a hablar ante grupos médicos, ahora que tengo que dirigiros unas palabras de bienvenida y de aliento para vuestras tareas, encuentro difícil, no tanto el decirs algunas de las muchas cosas que en el curso de la vida han venido a ser la solera de mis reflexiones, sino el decíroslo en el menor tiempo posible. Condensar el complejo de los pensamientos que un médico que no es psicoanalista ha acumulado en el curso de una vida que ya va siendo larga y que ha vivido siempre cerca de los que sufren y que ha visto el debatir constante que existe entre los que tratan de descifrar los arcanos de la mente humana, viene a ser para mí un esfuerzo que desde ahora creo que no me dejará satisfecho, puesto que no bastan unos cuantos minutos para exponer el sentir y el pensar de uno que, como vosotros, también se preocupa, aunque en otro ambiente, por la salud del hombre y por su felicidad.

* Discurso pronunciado por el Dr. Donato G. Alarcón, Director de la Facultad de Medicina de la U. N. A. M. ante el V. Congreso Psicoanalítico Latinoamericano.

Estoy convencido de que no habré de aportar nada nuevo a lo que vais a decir aquí, con ágil discurrir y con preparación superior. Pero también sé que no podeis escapar al influjo de las palabras de uno a quien habeis llamado para que os diga algo, no desde afuera, de vuestros muros, pues no vivis separados de nosotros, los médicos no psicoanalistas, ni habeis de creer que os separa de nosotros la barrera de la dialéctica o la cortina de un pragmatismo que os haga aparecer como que hablais un lenguaje esotérico. A través de la muralla que parece separaros de los otros médicos se filtra una luz que algo podemos aprovechar para ayudar a nuestros enfermos. No nos cansaremos de asomarnos un tanto sorprendidos a vuestras disquisiciones, en el afán de servir a quienes, menos que nosotros, pueden comprenderos. Y más aún, no podemos menos que hacerlos ver cuáles son nuestras inquietudes sobre lo que experimentais o resolveis que debe hacerse con la psiqué que se os entrega. Nos alarma, diremos de una vez, el contemplar que la posición tradicionalmente esotérica que ha sido tan importante auxiliar para conducir a los que sufren, si no a la salud material y mental, sí a la conformidad y a la confianza, ahora, por obra de la fácil comunicación, la asombrosa difusión y vulgarización de las teorías por la ventana abierta por la cual cada uno reclama su verdad, compiten todos en la tarea de persuasión y aún de seducción para allegarse adeptos, para deslumbrar con la agilidad de su dialéctica y en fin para clamar que se tiene la verdad en la mano. Nos alarma, decimos, el prever que las verdades transitorias a que habeis de llegar hayan de consolidarse como hechos cuando lleguen a la mente alterada de quienes os lean. Y entonces me pregunto si está bien que lo esotérico se convierta en exotérico. Si está bien que se os comprenda demasiado, por quienes más necesario es que os comprendan; preciso es que os sigan y se dejen conducir por vuestra mano cordial de médicos.

Otra preocupación que desvela a todo hombre responsable como lo somos de manera selecta los médicos, es el temor más bien, de que, como suelen hacerlo los sabios, os conduzcais como niños.

En la que se ha dado en llamar la ley que lleva su nombre, Abraham Kaplan dice: "Dad a un muchacho un martillo y golpeará con él todo lo que encuentre". Y yo quiero parafrasearle diciendo: ¡Dad a un sabio una teoría y tratará de resolver con ella todos los problemas del hombre! Esta es mi otra preocupación que quiero que tengais presente, como que es de muchos de mis semejantes: Manteneos alertas a la advertencia que

frente a la mesa de trabajo de todo hombre de ciencia: la verdad pasa, el mal queda y el hombre ha de sufrir por nuestros errores o de gozar de nuestros aciertos.

Pero aún hay otra preocupación que se ahonda porque no la veo asomar sino tímidamente en vuestro programa: el profundo y desolador conocimiento de que cada vez sabe más el hombre para su destrucción y cada vez menos para su salvación de la máquina suicida que construye.

Hay psicosis impulsivas que ya han entregado al mundo una y otra vez contagiosa orgía maniaca.

La inestabilidad mental, la distorsión de la moral, nos mantiene en el borde del vértice a que puede ser arrojada la humanidad por un acto demencial, que hace pocos años no podría tener las consecuencias apocalípticas de ahora. El estudio de estas inclinaciones, en apariencia imposibles de refrenar, no debe desalentar a reuniones como ésta. Ya sería una acción de efecto preventivo el que podáis advertir que se entra en lo anormal al practicar el malabarismo del suspenso de la tragedia universal. Que las psicosis se cultivan y pueden crecer de manera gigantesca y producir el desastre final.

Y puesto que me habeis llamado para que, como un hombre maduro en la observación del dolor físico y del sufrir mental, os diga unas palabras que han de tener como sola virtud la de ser sinceras, por último, os vengo a decir: No olvidéis jamás que sois médicos, y que todo lo que hagáis acertado o en el error, aún puede ser benéfico si lo haceis con amor; si os mueve la piedad para los que son torturados por el dolor o la angustia. Y cuando hablo de la piedad me refiero a esa virtud superior que ha de ser el móvil del hombre de ciencia moderno, que se siente solo ante el futuro, que ha de hacer lo mejor para los demás sin esperar la recompensa que se ha prometido en el más allá a las almas sencillas y lo ha de hacer con la fortaleza agnóstica que caracteriza a los mejores de nuestros tiempos, ante el campo de la desolación por el que van los pasos ciegos del hombre.

Sed pragmatistas si, en el sentido de propugnar el ideal práctico de todas vuestras lucubraciones, que debe ser el bien inmediato de vuestros enfermos y pensad que afuera esperamos lo que digais, azorados por la angustia que podeis derramar sobre los demás, pero anhelantes de recibir la buena nueva de la esperanza.